



VI

Cocardasse en el patíbulo ⁽¹⁾

Dos días después, y desde el punto de la mañana, una multitud heterogénea inundó la plaza de la Cebada, en cuyo centro alzábase un patíbulo, guardado en derredor por doble fila de soldados. El verdugo subió por última vez, inspeccionándolo todo para asegurarse de que nada faltaba. Iba cubierto con una careta negra que sólo permitía verle los ojos. Se colgó de la cuerda para hacer ver al pueblo que era sólida, y la hizo correr. Iba vestido de terciopelo negro, y llevaba el cinturón rojo característico de su triste oficio.

No era el verdugo de Madrid. Los condenados

(1) El lector apreciará inexactitudes en este capítulo y algún otro; pero téngase en cuenta que esta novela no tiene carácter histórico, sino novelesco ó de aventuras. Por eso no las rectificamos. El fin de una obra de esta índole es entretener, y no enseñar; á causa de ello el autor no se ha tomado la molestia de comprobar hechos, estudiar costumbres y compulsar fechas, etc.

y la gente maleante le temían por sus miradas feroces y su crueldad, más que á la misma cuerda. La muchedumbre en seguida se dió cuenta de la sustitución.

—¿Por qué no será él?—preguntó una mujer.

—¡Bah!—contestó alguien.—¡Ése es bueno para los criminales vulgares! El que ajustician hoy es pájaro de cuenta; un personaje, según parece, pues han hecho venir expresamente al verdugo de Cádiz, muy acostumbrado á colgar en lo alto de las vergas.

—¡Virgen Santa!—dijeron otras comadres.—¡El verdugo de Cádiz!

En breve cundió la voz, y el noventa por ciento de la concurrencia se enteró de la llegada del famoso verdugo de Cádiz para ahorcar á un príncipe extranjero. La murmuración secaba las gargantas, y multitud de aguadores circulaban por entre el gentío reuniendo gran cantidad de monedas y de noticias. Las primeras las guardaban en los bolsillos, las segundas se apresuraban á comunicárselas á un camarada que permanecía inmóvil en una esquina de la plaza. Y así aquel aguador, que no era otro que el Marquesito, supo que Cocardasse era un alto personaje.

Y como su buen humor se manifestaba hasta en las circunstancias más graves, no pudo menos de decirse:

—¡Pobre Cocardasse! Indudablemente, si no es un alto personaje, será dentro de poco un personaje de alta posición, un señor de horca.

En cuanto á los títulos y altas calidades del verdugo, le tenían sin cuidado. Le era indiferente que fuese el titular de Cádiz, ó el de Segovia, Valencia ó Coruña.

Pero no opinaban todos así, y gran parte de la multitud fantaseaba no poco á expensas de dicho funcionario de justicia. Hubiera sido curioso recoger todas las opiniones.

—¡No sabéis lo que os pescáis!—dijo dirigiéndose á un grupo de murmuradoras un mendigo haraposo que se apoyaba en dos muletas.—Si el verdugo de Madrid no se halla hoy en su puesto, es porque ha ido á reunirse en el Infierno con todos los que ha ejecutado en tantos años como llevaba matando gente.

Inmediatamente se formó un círculo en torno de él. Los pordioseros suelen estar mejor informados que nadie. Aquél guiñaba el ojo picarescamente, y parecía desear contarles cuanto sabía. Un aguador se había colocado muy cerca de él.

—¿Qué es lo que sabes?—le preguntó.

—Muchas cosas; pero así como tú vendes el agua que vas á coger al Manzanares sin que te cueste un maravedí, bien puedo y ovender mis

noticias. Dadme cada uno de vosotros un ochavo, por amor de Dios, y hablaré.

—¡Por eso que no quede!—dijo el aguador.—Habla, y toma cuatro cuartos.

—Bueno; me conformo, aunque pierdo lo menos doce ochavos.

Varios otros del grupo, que había aumentado extraordinariamente, dieron cuartos al mendigo

—¡Bueno; habla ya, remolón!—gritaron treinta voces.

—Pues bien, señores míos; el verdugo ha muerto. Su mujer le halló anoche en la cama con un puñal clavado en el corazón.

—¿Y quién le mató?

—¡Eso es preguntar demasiado! No se sabe. Nadie entró en su casa, excepto alguaciles y corchetes durante el día, y ninguno desde el anoche. Así, todo el mundo cree que le ha matado su compadre el Diablo, á no ser que fuera advertencia del Cielo para demostrar palpablemente la inocencia del reo.

—Pero ¿es inocente el reo?

—No lo sé; pero una vecina mía que es casi una santa ha soñado que lo era y que la Santísima Virgen le salvaba, estando ya colgado. Si es verdad, hemos de ver pronto el milagro. Por eso he venido yo.

—¿Conoces al reo?

—No. Pero, si queréis saber algo, buscad por allá. Mirad: justamente en aquella esquina hay una gitanita que debe de conocerle. Hace un momento decía que no era español, y que San Vicente y San Luis le salvarían.

Extendió el brazo en dirección al Oeste para indicar el sitio, y sus oyentes, ávidos de nuevas noticias, trataron de pasar á través del gentío, cada vez mayor, para reunirse con la gitana que sabía algo más respecto al condenado. Por supuesto, que de paso aquellas cuarenta ó cincuenta personas no dejaban de divulgar lo que sabían. Tal era el propósito del fingido pordiosero, en quien nuestros lectores habrán reconocido á Passepoil, y que, una vez libre de los curiosos, fué á reunirse con Mariquita, la cual, como es de suponer, hallábase al otro extremo del que indicara á sus oyentes.

—¡Todo va bien!—le dijo al oído.—Dentro de media hora todos en la plaza sostendrán que el condenado es inocente.

Luego hizo un signo de inteligencia con alguien que estaba muy cerca del patíbulo, y pensó:

—¡Ya era tiempo de librarme de ellos! Aquella maja que me miraba con sus ojazos negros, me estaba haciendo perder la chaveta. Por poco más desembucho que fuí yo quien clavó el puñal en

el corazón del verdugo para que otro pudiera sustituirle, y hasta quién es ese otro. ¡Amable, hijo mío, te lo tengo dicho: las hijas de Eva te perderán!

¡Passepoil filosofando! ¡Cómo se hubiera burlado de él Cocardasse!

Por lo demás, era cierto: habían hecho la víspera al verdugo de Madrid proposiciones para que se hiciera sustituir; pero el hombre no quiso venderse. Luego le pidieron que cortara la cuerda cerca del nudo corredizo, dejándola pendiente de un hilo, para que el peso del reo acabase de romperla sin daño suyo. Aceptó, recibió dinero á cuentas, y al tener la prueba palmaria de que aquel canalla no procedía de buena fe, Passepoil le mató sin misericordia; en primer lugar, porque había que salvar á Cocardasse á toda costa, y, además, porque se lo ordenó Lagardère. Entonces se había ofrecido al corregidor el verdugo de Cádiz, que acababa de llegar á la Corte por asuntos de familia.

De pronto la multitud enmudeció: oíanse á lo lejos los salmos penitenciales. Los soldados abrieron calle. Passepoil y Mariquita quedaron en primera fila, y Chaverny á unos diez pasos de ellos, sin sospechar su proximidad. Quizás Lagardère se hallaría también cerca; pero disfrazado, desconocido.

—¡Estoy condenado á la inercia!—se decía furioso.—¡No puedo hacer nada por ese infeliz que van á matar!

Todos los ojos se dirigieron hacia un sitio. Cocardasse, con hábito blanco y montado á horcajadas en un asno, llevaba un gorro verde alto con una cruz blanca, y avanzaba precedido por los monjes, que entonaban los salmos y le exhortaban á bien morir; pero no le conmovían mucho, porque no entendía palabra, importándole lo mismo que le hablaran en español que en latín. Lo único claro para él era que estaba próxima á sonar su última hora, y se preocupaba más de morir como valiente que como cristiano, rabioso por haberse dejado atrapar. Escoltábanle en doble fila los Hermanos de la Paz y Caridad, que agitaban sus campanillas para postular, y repetían con monotonía fastidiosa para el irascible gascón:

—*¡Para hacer bien y decir misas por el alma del pobre que van á ajusticiar! ¡Quien pueda, por el amor de Dios! (1)*

—¡Voto á bríos!—decía el gascón viendo que llovían piezas de oro, de plata y de cobre como limosnas.—¡Estos villanos no me darían ni la centésima parte si se la pidiera para salvar mi ca-

(1) En español y textual en el original francés.

beza, y para verme hacer contorsiones colgado de una cuerda pagan su entrada más caro que en la Ópera de París! ¡No deja de lisonjearme la cosa, y comprendo que paguen tanto por ver morir á Cocardasse!

También él filosofaba, aunque menos alegremente que su hermano de armas.

—¡Tanto dinero para esos sayones!—prosiguió diciéndose.—¡Qué lástima! ¡Habría para beber abundantemente lo menos un mes! ¡Da rabia venir á hacerse ahorcar en España!

Aquellos á quienes en aquel crítico momento despreciaba tanto valían mucho más de lo que él suponía. Los Hermanos de la Paz y Caridad no constituían una Orden monástica, aunque se **sujetaban á severa regla**; se reclutaban entre las personas mejor conceptuadas y más estimadas de cada ciudad: eran hombres de bien, corazones magnánimos, personas caritativas. Desde hacía siglos todo condenado á la última pena les pertenecía, y su caridad verdadera no se limitaba á acompañar al cadalso á los reos y confortarlos, sino que, además de aplicar sufragios por su alma, cuidaban de sus familias y atendían á la educación de los hijos que dejaba el desdichado. Los mayores criminales dejan de serlo desde que les son entregados, y los miran como á hermanos desgraciados. El ejemplo que da la insti-

tución española de la Paz y Caridad es realmente sublime.

Pero el gascón no estaba en condiciones de juzgarlos bien. Á todos aquellos rostros de monjes, hermanos y soldados, hubiera preferido uno: el de su entrañable amigo Passepoil; pero no podía verle, por más que hacía. En cambio, vió á un aguador que le hacía una seña misteriosa: no la comprendió. Algo más lejos vió á un mendigo que con una de sus muletas señalaba al verdugo, y con el índice de la otra mano se tocaba la frente entre ceja y ceja. ¿Qué significaría? Afortunadamente, reconoció á Passepoil, y experimentó un gran consuelo al verle antes del salto mortal que le aguardaba. Buscó á Lagardère por allí; pero no le vió.

—¡No importa!—se dijo.—¡Él me ve! El pichón está entre la muchedumbre, y verá que su viejo Cocardasse no flaquea ante unas varas de cáñamo. Preferiría, con todo, morir de otra guisa. ¡Con Petronila en la mano, y frente á mí ese granuja de Peyrolles! ¡Pero no han querido darme á elegir! ¡Paciencia! ¡No pongas mala cara á la horca, Cocardasse, hijo mío! ¡No vayan á pensar!...

Una multitud de recuerdos acudió en tropel á su mente: los fosos de Caylus, el baile del Regente, el cementerio de Saint-Magloire, y, vivos y muertos, Lagardère, Aurora, Nevers, Gonzaga,

de Albret y diez más se confundían en su imaginación. Era su historia; su vida toda de soldado y aventurero. Por un momento frunció el ceño; pero lo desarrugó muy pronto y puso cara risueña al patíbulo: el gascón tenía su modo especial de bien morir.

Por fin se detuvo el cortejo, y el magistrado leyó la sentencia. Cocardasse estaba acusado de ser un espía francés á servicio de un caballero llamado Lagardère, al cual todo buen español debía denunciar á las autoridades, que le otorgarían una recompensa. La cabeza del prometido de Aurora de Nevers había sido puesta á precio. Se imputaban además á Cocardasse asesinatos de mendigos indefensos en el desfiladero de Pancorbo, la comisión de sacrilegio por vestirse un hábito religioso, y el delito de haber hecho armas contra los alguaciles.

No faltaba á la sentencia más que un requisito: estar firmada por Gonzaga. De hecho era él quien la había inspirado y dictado. No pudiendo herir la cabeza, aniquilaba uno de sus miembros. Sus *enrodados* habían reconocido á los dos maestros de armas en la calle; pero no lograron prender más que á uno.

Después de las últimas exhortaciones del sacerdote Cocardasse y el verdugo subieron la escalera. Cuando llegaban á la mitad el conde-

nado se estremeció visiblemente. ¿De miedo? ¿Iba á flaquear á dos pasos de la muerte? La muchedumbre le contemplaba ansiosa. Cocardasse volvió la cabeza, dirigió sus miradas al balcón de una casa próxima donde se apiñaban Gonzaga y sus secuaces, y extendiendo hacia ellos su huesudo brazo, con voz estentórea, que se oyó claramente en toda la plaza á causa del silencio de los espectadores, gritó:

—¡Príncipe de Gonzaga! ¡Bellaco y mal nacido que me has traído al cadalso! ¡Desdichado de ti! ¡Acuérdate de lo que te digo! ¡Mal pecado!

En aquel momento no era el aventurero desarrapado, bravucón y charlatán, algo borracho y desgarbado que muchos conocían. Su alta figura de pie en lo alto de la escalera se destacaba en el azul del cielo con cierta gallardía y nobleza. Por primera vez en su vida Cocardasse estaba hermoso. Muchas mujeres le saludaron agitando pañuelos y abanicos. La idea de su inocencia, sembrada hábilmente por Passepoil, germinaba en la multitud.

Sin embargo, no había sido aquello la causa de su estremecimiento, sino dos palabras que acababa de decirle el verdugo aprovechando la ocasión de que nadie podía oírle.

—¡Soy yo!

El verdugo era Lagardère.

Cuando el condenado terminó su apóstrofe á Felipe de Mantua, el caballero murmuró:

—Mañana á la noche, en Segovia.

—¡Estaré!—dijo en voz baja el gascón.

El verdugo ciñó la cuerda al cuello del reo, se montó en la horca y dió un puntapié á la escala, lanzando á Cocardasse en el vacío. Dos millares de pechos lanzaron un grito.

La mayoría de las mujeres desviaron la vista medio segundo. Al volver á mirar no vieron, como esperaban, el cadáver colgando: la cuerda se había roto muy cerca del nudo corredizo, y Cocardasse, extendido en el suelo como un aguilucho con el ala rota, escuchaba algo aturdido los gritos de la multitud que proclamaban su inocencia. Por el solo hecho de haberse frustrado el ahorcamiento, aquel hombre ya no pertenecía á la ley, sino á los Hermanos de la Paz y Caridad, con arreglo á privilegios ya concedidos en tiempos de Carlos V. Gonzaga y su cuadrilla, al ver el fracaso de su complot, se fueron.

—Hermano—dijo al gascón el hermano-mayor de la cofradía,—has pagado tu deuda á la justicia: eres nuestro, y desde hoy te hacemos libre.

El diestro buscó por todas partes al verdugo; pero había desaparecido. Á pocos pasos vió á Passepoil, que lloraba de alegría, y á Mariquita,

que le sonreía. Un aguador se le acercó ofreciéndole su mercancía.

—¡Mal pecado! ¿Quiéres envenenarme?—contestó el maestro de esgrima, que había recobrado la serenidad.—¡Tráeme vino, si quieres! ¡Así como así, necesito un cordial que me reconforte!

—¡No importa; bebe!—insistió el español, y al inclinarse hacia él murmuró casi á su oído:—¡Chaverny!

Hubiera querido decirle algo más; pero la proximidad de los Hermanos de la Paz y Caridad se lo impidió. Le ayudaron á levantarse y le rodearon para sostener su marcha si hacía falta, y el Marquesito tuvo que separarse de él sin haber podido saber el punto de reunión para el día siguiente.

Las campanas de San Esteban cesaron de tocar á muerto: la multitud destrozó el cadalso.

